

BIBLIOTECA NACIONAL DE ARGENTINA

HUGO ACEVEDO

FUNDACIÓN

Parece haber surgido a la vez en Inglaterra y en las colonias inglesas de América la idea de que el erario público debía sostener y mantener bibliotecas («librerías», como entonces se decía) abiertas a toda clase de lectores, y no sólo para el uso exclusivo de eclesiásticos y literatos.

La misma frase con la que se denominó a las colecciones de libros abiertas a toda clase de lectores parece haber sido fijada originariamente en inglés: *Public library*. Respondían a una concepción más ambiciosa que la de las *social libraries*, que tenían dos modalidades principales: la de las sociedades de accionistas propietarios de los libros, y la de compañías para el servicio de suscriptores.

Las *public libraries* pertenecían al Estado y eran mantenidas con fondos públicos. Con esa idea se abrió al público en 1711 la Biblioteca Real de España, bajo Felipe V y a instancias del jesuita francés Pedro Robinet. En el decreto fundacional de 1716 se hablaba de la determinación de establecer «una pública librería, cuyas puertas estuviesen patentes a todo género de profesores».

Casi un siglo después, en el ideario de los hombres de la Revolución de Mayo, la «biblioteca pública» y la «escuela pública» fueron los pilares en los que, según el lenguaje propio de la época, se apoyaron la «difusión de las luces» y la de «las buenas letras».

Por ello no resulta extraño que en Buenos Aires, cuando la Junta Gubernativa enfrentaba enormes dificultades políticas y militares, el principal ideólogo de la Revolución, Mariano Moreno, interpretando la opinión del partido progresista de orientación rousseauniana, impulsara la fundación de una biblioteca pública a poco más de tres meses de la instalación del primer gobierno patrio.

El pueblo de Buenos Aires tomaba conocimiento de lo resuelto por

un artículo aparecido en el periódico la *Gazeta* el 13 de septiembre de 1810. El escrito, seguramente de puño y letra del Secretario de la Junta, llevaba un escueto título, «Educación», y en él, según lo señaló un siglo después Ricardo Rojas, estaba condensada la doctrina democrática de Moreno.

En la concepción moreniana, la Biblioteca Pública de Buenos Aires se creaba para facilitar «a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos». Y, como era natural en aquel escrito fundacional, no se omitieron las alusiones a la política colonial de España. Esta fundación señalaba, según Moreno, el fin «de una política destructora» de los gobiernos virreinales, que habían mirado «como un mal de peligrosas consecuencias la ilustración de este pueblo». Moreno sostenía, además, la necesidad de valorizar la dialéctica para acceder al conocimiento. «La concurrencia —dice— de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión, y se afirman al registro de los libros, que están a mano para dirimir las disputas». Y respecto de la misma institución cuya fundación se anunciaba, decía el Secretario de la Junta: «Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento de este pueblo».

EL ACTO FUNDACIONAL

Si bien el decreto de fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires se ha perdido, se supone que fue dictado el 7 de septiembre de 1810, según lo dejan entrever los textos de dos borradores de notas oficiales, escritos por el Secretario de la Junta. En ellas el Gobierno se dirige al Rector del Colegio de San Carlos, el doctor Luis José Chorroarín, y al Obispo de Buenos Aires, don Benito de Lué y Riega.

El primero de estos escritos dice lo siguiente: «Habiéndose dispuesto por esta Junta la formación de una Biblioteca pública, ha resuelto se incorporen en ella los libros del Colegio de San Carlos, lo que participa a usted, esperando de su notorio celo por el bien público contribuirá por su parte a que tenga su debido efecto esta resolución, estando advertido que el Secretario Doctor Don Mariano Moreno está nombrado Protector de dicha Biblioteca con facultades competentes para entender todos los incidentes de ella, siendo los Bibliotecarios el Doctor Don Saturnino Segurola y el Reverendo Padre Fray Cayetano Rodríguez. Septiembre 7 de 1810.

Señor Rector Don Luis Chorroarín»¹.

¹ Archivo del Gobierno de Buenos Aires, 1810. Tomo I, Cap. III, n.º 3. Archivo General de la Nación. República Argentina. (La grafía del manuscrito ha sido modernizada.)

V I A G E

DEL COMANDANTE BYRON

AL REDEDOR DEL MUNDO,

HECHO ULTIMAMENTE DE ORDEN

DEL ALMIRANTAZGO DE INGLATERRA:

EN EL QUAL SE DA NOTICIA DE VARIOS PAISES
de las costumbres de sus Habitantes, de las Plantas, y
Animales estraños que se crian en ellos; juntamente con
una descripcion muy circunstanciada del *Estrecho de*
M. gallanes, y de cierta Nacion de *Gigantes*, llamados
Patugones, con una lamina fina que los representa &c.

TRADUCIDO DEL INGLES,

é ILUSTRADO CON NOTAS SOBRE MUCHOS PUNTOS
de *Geographia*, de *Physica*, de *Botanica*, de *Historia Natural*, de
Comercio &c. y con un nuevo Mapa del *Estrecho*.

POR EL DOCT. DON CASIMIRO DE ORTEGA,
de la *Sociedad Botanica de Florencia*, y de la *Real*
Academia Medica de Madrid, &c.

SEGUNDA EDICION,

en que se añade el Resumen Historico del *Viage* empre-
dido por *Magallanes*, y concluido por el Capitan Español
JUAN SEBASTIAN DEL CANO.

CON LICENCIA.

En Madrid: En la Imprenta Real de la Gazeta.
Año de 1769.

Se hallará en las Librerías de Fernandez, frente de las Gradas, y
de Escribano, calle de Atocha, frente de la Aduana.

El segundo escrito de la misma fecha, dirigido al Obispo Lué, dice lo siguiente:

«Habiendo dispuesto esta Junta la formación de una Biblioteca pública, espera de V.S. y de acuerdo con el Deán y Cabildo franquearán los libros que aún se conservan del finado ilustrísimo Señor Don Manuel de Azamor y Ramírez; pues habiendo sido estos destinados por dicho señor Ilustrísimo para una Biblioteca pública, se aguarda el fin principal de su disposición, y se provee al beneficio público que debe resultar de este establecimiento»².

Las dos notas transcritas fueron respondidas por sus destinatarios con fecha 10 de septiembre del mismo año. La del rector Chorroarín manifiesta la generosa disposición del sacerdote para con la institución que acaba de fundarse.

Dice la carta:

«Excelentísimo señor: Por oficio de V.E. del 7 del corriente quedo instruido de las disposiciones que ha dado la excelentísima Junta para la formación de una Biblioteca pública, y para que a ella se agreguen los libros del Colegio de San Carlos y de ser nombrados Protector de la Biblioteca el Señor Secretario Doctor Don Mariano Moreno, y Bibliotecarios el Doctor Don Saturnino Segurola y el Reverendo Padre Fray Cayetano Rodríguez. La Resolución de la excelentísima Junta satisface enteramente mis deseos y me proporciona la complacencia de ver realizado un establecimiento por (el) que siempre anhelé, y que ya estaba para realizarse cuando Beresford ocupó esta capital. Desde luego doy las gracias a la excelentísima Junta, y aseguro a V.E. que pondré a disposición del Señor Doctor Don Mariano Moreno no solamente los libros de la librería del Colegio, incluso los que ya tengo donados, sino también muchos de los de mi uso, que dejé en dicha librería cuando salí del Colegio y aún algunos de los que saqué conmigo, si se considerasen útiles.

Dios guíe a V.E. Buenos Aires 10 de septiembre de 1810. Excelentísimo señor Presidente Don Cornelio de Saavedra»³.

La respuesta del Obispo es más escueta, pero en su texto no se manifiesta, como han supuesto algunos historiadores, ninguna reticencia de parte del poder eclesiástico a la entrega de los libros del Obispo Azamor y Ramírez. La nota dice:

«El Señor Obispo manifiesta que para la entrega de la Librería de su antecesor al Bibliotecario nombrado por V.E. podrá este entenderse con

² Archivo del Gobierno de Buenos Aires, 1810. Tomo I, Cap. I, n.º 67. Archivo General de la Nación. República Argentina.

³ Archivo del Gobierno de Buenos Aires, 1810. Tomo I, Cap. III, n.º 4. Archivo General de la Nación. División Colonia. Sección Gobierno.

el Rector del seminario Doctor Don José Francisco de la Riestra, encargado de su conservación»⁴.

Como se desprende de la documentación transcrita, el decreto fundacional perdido data del 7 de septiembre, o quizá del día anterior. Es seguro, según se infiere de los textos de las notas oficiales, que el citado decreto no sólo se refería a la fundación de una institución que llevaría el nombre de Biblioteca Pública, sino además disponía que su fondo se formaría fundamentalmente con las «librerías» del Obispo Azmor y Ramírez y del Colegio de San Carlos.

ANTECEDENTES DE LAS BIBLIOTECAS CUYOS FONDOS INTEGRARON LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

En verdad, el Secretario de la Junta y Protector del nuevo establecimiento se venía ocupando de la fundación desde el mes de agosto del mismo año. En un documento del 22 de agosto, la junta le ordena al nuevo Gobernador de Córdoba, Juan Martín de Pueyrredón, «que en el momento de recibir esta nota se encajone toda la librería del Obispo Orellana y todos los libros que hubiesen de los demás reos (se refería a los que se sumaron a la rebelión del ex-vicerey Santiago de Liniers, incluido el ex-gobernador), remitiéndolos en primera oportunidad, por ser así conveniente al servicio del público, bajo el benéfico objeto a que esta Junta los ha destinado». Ese objeto no podía ser otro que la fundación que se habría de concretar pocos días después.

Resulta de este documento que se debe agregar un tercer conjunto de libros al fondo fundacional. La «librería del obispo Orellana» a la que se refiere el oficio no podía ser otra que la famosa biblioteca jesuítica de Córdoba, la cual, desde 1773, dependía de la Universidad.

Don Rodrigo Antonio de Orellana, oriundo de Medellín, España, había tomado posesión del Obispado de Córdoba de la Nueva Andalucía el 8 de octubre de 1809, y poco después se había hecho cargo del rectorado de la universidad cordobesa. La colección de libros que el Obispo tenía a su custodia no era otra que la depositada en la Universidad a su cargo. Se trataba de la biblioteca reunida por los jesuitas en dos siglos de apostolado en la Provincia.

Constaba la colección de una «Biblioteca Mayor» y de otra «Menor» o «del noviciado» que, en su casi totalidad, estaban depositadas en el Convento de los Predicadores de la ciudad de Córdoba desde 1807. Ambos

⁴ Archivo del Gobierno de Buenos Aires, 1810. T.Omo I, Cap. I, n.º 1. Archivo General de la Nación. División Colonia. Sección Gobierno.

repositorios, para esta última fecha, constaban de 3.524 volúmenes en folio y en cuarto y de 1.561 volúmenes en octavo mayor y menor. No todos se enviaron a Buenos Aires. En los diez cajones que varias y sucesivas tropas de carretas llevaron a la Capital desde diciembre de 1810 hasta marzo de 1812 se trasladaron solamente 2.500 volúmenes, de los cuales se conserva una relación exacta y pormenorizada. Los demás pasaron a formar parte de la Biblioteca de la Universidad de Córdoba, que se creó oficialmente el 20 de diciembre de 1818; muchos pasaron a otras bibliotecas conventuales y varios centenares quedaron en poder de inventariadores y cuidadores del valioso tesoro, quienes a falta de otro emolumento cobraron con libros sus servicios personales.

Siendo así, la principal biblioteca privada de la que se nutrió fue la del Obispo Azamor y Ramírez, que la había legado «para que con ella se forme y haga una librería pública que sirva para utilidad y decoro de la misma Santa Iglesia y fomento de las ciencias», según se indica en la disposición testamentaria del prelado. La colección constaba de 1.069 obras en 2.084 volúmenes a la fecha de la muerte de su propietario (2 de octubre de 1796), y era la más numerosa de las diez bibliotecas privadas que existían por entonces en la Capital del Virreynato.

Don Manuel de Azamor y Ramírez, nacido en Villafranca, se había doctorado en Teología, Cánones y Leyes en la Universidad de Osuna y se había hecho cargo de la Diócesis de Buenos Aires en mayo de 1788.

En cuanto a la «librería» del Colegio de San Carlos, a la que se agregó la donación privada de los libros de su rector, el doctor Chorroarín, constaba de 342 volúmenes, según el primer Libro de Donaciones de la Biblioteca.

Para acrecentar el fondo bibliográfico fundacional, Moreno, en su condición de Protector del establecimiento, apeló en su escrito del 13 de septiembre a la colaboración popular, «esperando que los buenos patriotas —decía— propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad». Se abrió una suscripción pública, de la que se recaudaron una considerable cantidad de obras, materiales para la construcción de las estanterías, muebles, dinero en efectivo y hasta útiles de escritorio.

El local que la Junta destinó para la Biblioteca pertenecía también a «las Temporalidades», y se encontraba en los altos de la esquina de las actuales calles de Moreno y Perú, en los fondos del Colegio de San Carlos, con el cual formaba parte de la llamada «Manzana de las Luces».

Las donaciones de la población de Buenos Aires se multiplicaron rápidamente, y de ellas se rendía cuenta en la *Gazeta* oficial en forma periódica. Hubo aportes en dinero de diverso monto, así como donaciones en especies y en libros. Las primeras incluyen desde madera para la construcción de las estanterías hasta libros en blanco para el inventario de las

existencias y varios muebles y utensilios. Las segundas constituyen una muestra de la cultura rioplatense de aquellos años.

Merecen citarse como ejemplo algunas de las obras donadas: los comerciantes ingleses residentes en la ciudad entregaron, entre muchas obras valiosas, una edición en español de las *Obras* de Cicerón en 13 volúmenes; otra de los *Discursos sobre las bellas letras* de Hugo Blair en tres tomos; la *Filosofía de la retórica*, de George Campbell, en dos tomos; y la fundamental *Descripción de la Patagonia* del jesuita Thomas Flakner. El protomédico Miguel O'Gorman donó una colección de obras médicas y de literatura clásica; el abogado Manuel Warnes, la *Historia eclesiástica* del preceptor de Luis XV, Claude Fleury, en 76 volúmenes, obra prohibida por el Tribunal del Santo Oficio por herética. Otros ciudadanos cultos donaron traducciones de las *Décadas* de Tito Livio, de las *Obras* de Amiano Marcelino, de las *Obras* de Salustio y de las *Vidas* de Diógenes Laercio. El designado 2.º Bibliotecario, Saturnino Seguro, se desprendió de los 43 volúmenes de la *Historia Universal* «compuesta por una sociedad de literatos ingleses y traducida al francés». El abogado y vocal de la Junta, Manuel Belgrano, y su hermano Domingo ofrecieron la totalidad de sus bibliotecas particulares para que de ellas se extrajeran todas las obras que se considerasen útiles y otro tanto hizo el presbítero Julián Segundo de Agüero. El protector, Mariano Moreno, cedió los 9 tomos en folio de los *Comentarios al Codex Iuris Civilis* del famoso glosador Baldo delli Ubaldi.

De resultas del gran cúmulo de aportes y de la incorporación de las tres grandes bibliotecas incautadas, los bibliotecarios Rodríguez y Seguro tuvieron ardua tarea en los meses que transcurrieron hasta fines del año 1810, al punto que uno y otro, por distintos motivos, abandonaron sus cargos.

EL PRIMER DIRECTOR Y LA INAUGURACIÓN DE LA BIBLIOTECA

En el verano de 1810 hizo crisis la cuestión de la incorporación de los diputados de las provincias interiores a la Junta Gubernativa. Moreno renunció a su cargo a mediados de diciembre y aceptó una misión diplomática ante el Gobierno de Londres, hacia donde partió en enero de 1811 para no regresar, puesto que murió en alta mar.

Vacante el cargo de Protector, lo ocupó por un tiempo el Vocal de la Junta, Miguel de Azcuénaga, y para cubrir la función de bibliotecario (y de hecho de director) se designó al doctor Luis de Chorroarín. Durante once años tuvo éste a su cargo la organización del establecimiento y su funcionamiento. A él se deben los primeros inventarios, el primer reglamento y la apertura al público de las instalaciones.

Tras dos postergaciones, la Biblioteca se inauguró el 16 de marzo de 1812, en un acto público de gran solemnidad, que presidió el Secretario del Triunvirato (nuevo Poder Ejecutivo) Bernardino Rivadavia, y en el que pronunció el discurso de circunstancias el doctor José Joaquín Ruiz, catedrático de Filosofía del Colegio de San Carlos y cura de la Iglesia de Montserrat.

El reglamento señalaba que la Biblioteca estaría abierta al público «desde las 8 hasta las 12 y media del día entre los meses de noviembre y abril» y que ese horario se modificaría en los demás meses.

En julio de 1813, a instancias de Chorroarín, el Gobierno designó 2.º Bibliotecario al presbítero oriental Dámaso Antonio de Larrañaga, que colaboró con el director y 1.º Bibliotecario durante el resto de ese año y todo el siguiente, ya que en abril de 1815, vuelto a Montevideo, se hizo cargo del curato de la Iglesia matriz de la ciudad uruguaya.

La Biblioteca se enriqueció con la adquisición, por suscripción pública, de la colección de obras científicas que pertenecían al naturalista francés Aimé Bonpland, más de 200 obras del afanado botánico que, en 1820, decidió abandonar su quinta bonaerense para marcharse a la provincia de Corrientes. Otras donaciones valiosas enriquecieron el fondo de la Biblioteca: una de don Antonio José de Escalada que incluía una colección de *El Mercurio* en 23 volúmenes; otra el canónigo José Manuel Róo con las obras latinas de Tomás de Kempis y, quizá la de mayor trascendencia, una del Vicario Castrense de los Ejércitos de la Banda Oriental, Bartolomé Muñoz, que incluía varios diccionarios valiosos, una colección de planos y estampas de ciudades europeas y americanas, entre ellas Montevideo y Córdoba del Tucumán, y una serie de grabados y pinturas de 80 especies de aves y 72 de mamíferos rioplatenses, trazados por el donante. Estos materiales, unidos a un gran legajo con papeles públicos y gacetas españolas y americanas, fueron el origen de lo que luego serían las ricas secciones de mapoteca, láminas y periódicos de la Biblioteca de Buenos Aires. Cupo al mismo Larrañaga la tarea de recoger y tomar posesión de esta rica colección en junio de 1814.

LOS DIRECTORES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA HASTA SU NACIONALIZACIÓN. EL CRECIMIENTO DEL FONDO BIBLIOGRÁFICO

Por renuncia de Chorroarín, el Gobierno de Buenos Aires designó en septiembre de 1821 para reemplazarlo al canónigo Saturnino Seguro. Este segundo paso del famoso introductor de la vacuna antivariólica por la Biblioteca fue muy breve: duró apenas cinco meses. Rivadavia, ahora Ministro de Gobierno del Gobernador Martín Rodríguez, trató de im-

ner una profunda reorganización administrativa, que incluía la ampliación del horario de atención al público por las tardes y la exigencia de practicar inventarios periódicos. El canónigo, tesorero de las obras de la Catedral y benefactor de la Casa de Expósitos, no pudo aceptar tantas tareas y renunció.

En su reemplazo, Rivadavia designó al médico Manuel Moreno, hermano del fundador, que desde 1817 había vivido en Estados Unidos de Norteamérica. Durante su gestión en la Biblioteca se incorporó una valiosa colección de monedas y medallas griegas y romanas antiguas (más de un millar), que el gobierno adquirió al caballero francés Dufresne Saint Léon. Años después, la colección pasó a formar parte del patrimonio del Museo de Historia Natural, donde constituyó la base del Gabinete Numismático de esa institución. También se enriqueció el fondo bibliográfico con una donación del poeta cordobés José Antonio Miralla. Este precursor de la independencia de Cuba se desprendió, dos años antes de morir, de su valiosa colección de clásicos griegos y latinos impresos y encuadernados en los talleres de Bodoni en Parma. Estos magníficos volúmenes en folio incluían obras de Homero, Horacio, Tibulo, Ovidio, Lucrecio, Juvenal, Tácito y Cornelio Nepote entre los clásicos y de Tasso entre los modernos. La donación se completaba con otras ediciones no menos valiosas de Fenelón, Racine, Lafontaine y Boileau.

Manuel Moreno, incansable investigador y difusor de los conocimientos científicos, impulsó las ediciones del periódico *La Abeja Argentina* y de los *Anales de la Academia de Medicina*, una de las primeras publicaciones científicas de ese carácter en Iberoamérica.

Con motivo de las obras de ampliación que se realizaron en el edificio, se practicó el primer inventario físico del fondo de la Biblioteca. Se custodiaban en ella 23.371 volúmenes, de los cuales 15.484 estaban catalogados y distribuidos en las salas de Ciencias, Historia, Letras Sagradas, Moral, Bellas Artes y Política; y el resto estaba en proceso de catalogación o destinado al canje o a la venta. El Gobernador Dorrego, pocos días antes de ser asesinado, designó a Moreno para desempeñar una función diplomática en Londres y nombró para reemplazarlo al frente de la Biblioteca al presbítero dominico Ignacio Grela, Provincial de su Orden y Legislador provincial.

En aquellos años difíciles poco fue lo que hizo el fraile Grela por el crecimiento de la Biblioteca, más interesado, como estaba, en el debate político. Partidario de la tendencia «restauradora», apoyó como legislador a Juan Manuel de Rosas, hasta que su quebrantada salud lo obligó a recogerse en su convento, donde murió al poco tiempo.

Reemplazó a Grela otro sacerdote, José Manuel Terrero, amigo personal de los Rosas. Su gestión registra dos hechos salientes. El primero

fue la constitución de una comisión, integrada por los doctores Valentín Alsina, José León Benegas y Ottaviano Mosotti, para establecer las medidas necesarias a fin de alcanzar la reorganización del establecimiento. Los investigadores recomendaron medidas de ordenamiento administrativo y la clasificación metódica del fondo bibliográfico, de acuerdo con los más conocidos sistemas de organización de los conocimientos humanos. El segundo hecho fue el envío a la Biblioteca de una colección de diez obras manuscritas, que se hallaban en custodia del Gobierno de la Provincia y que el Gobernador Juan Ramón Balcarce destinó a la Biblioteca Pública. Estas obras, entre las cuales se encontraban la *Historia de la provincia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* del jesuita Pedro Lozano; *La revolución del Perú* de José Gabriel Túpac Amaru; y un libro de horas manuscrito y miniado del siglo XV, titulado *Officium Parvum Gothicum*, dieron nacimiento a la sección de Manuscritos, que con los años adquirió tanta importancia.

Desde el fallecimiento de Terrero, en enero de 1837, quedó al frente de la Biblioteca el P. Felipe Elortondo y Palacios, Secretario del Obispo de Buenos Aires y, desde 1848, cura de la iglesia de la Merced. En los quince años de su gestión se recibió el aporte de una parte de la importante colección de obras históricas y de viajes del bibliógrafo Pedro de Angelis. El famoso recopilador de la *Colección de documentos inéditos para la historia del Río de la Plata* donó 169 volúmenes, entre los que se destacan los 49 tomos de la *Biographie universale ancienne et moderne*, edición de París de 1811; los *Viajes a la América Meridional* de Alexander Mackensie, en traducción francesa editada en 1802; el *Voyage dans l'Amérique Septentrionale* de Collot; y las obras completas del célebre financista y banquero francés M. Necker en 15 volúmenes.

Interesa señalar que, desde la gestión de Terrero, se produjo en Buenos Aires un interesante desarrollo de los comercios, que sostenían servicios de préstamo y consulta equivalentes a los de las bibliotecas privadas norteamericanas. Se contaba, entre los primeros, la librería del pedagogo uruguayo Marcos Sastre, fundada en 1833 y luego convertida en Gabinete de Lectura y sede del famoso «Salón literario». En 1836 ya se contaban diez de estos comercios en la zona céntrica de la ciudad, lo que era una demostración del interés de la población por mantenerse informada de los acontecimientos mundiales y por conocer las corrientes literarias y filosóficas que se desarrollaban en el viejo continente. En estos cenáculos nació el movimiento romántico rioplatense, bajo el liderazgo de Esteban Echeverría; y de una imprenta porteña salió la edición española de *Las últimas cartas de Jacobo Ortiz*, la novela de Hugo Foscolo, traducida por José Antonio Miralla.

Con la caída de Rosas, lo proscriptos que ocuparon el Gobierno de

Buenos Aires trataron de vitalizar el papel cultural de la Biblioteca Pública. Para ello se puso al frente del establecimiento a Marcos Sastre. El maestro y librero concibió rápidamente un plan de reformas edilicias para la mejora de las salas de lectura y obtuvo autorización del erario para adquirir en Francia una colección de modernas obras didácticas y manuales científicos destinados a la enseñanza pública. Tratados de física, mecánica, agricultura, astronomía y matemática de autores como Péclet, Poirson, Poncelet, Payen y algunos otros manuales y cursos que sumaban 598 volúmenes señalaban una orientación para la Biblioteca, que no fue compartida por quienes sucedieron al publicista y pedagogo uruguayo.

Su paso por el establecimiento fue breve; su amistad con Urquiza, con quien estaba enfrentado el Gobierno de Buenos Aires, fue motivo suficiente para que el Gobernador Pinto lo destituyera.

Carlos Tejedor, un joven abogado que había vivido en el exilio hasta pocos meses antes, fue nombrado para dirigir el establecimiento. Concluidas las obras de reacción dispuestas por su antecesor, el nuevo director se propuso reorganizar las salas e inventariar y clasificar todo el fondo. Del recuento resultó que la Biblioteca atesoraba, en 1854, un total de 15.397 volúmenes, los que se distribuyeron en las salas de Derecho, Literatura, Filosofía, Teología y Moral, Letras Sagradas, Historia y viajes y Ciencias Positivas. La sección «de periódicos» fue reorganizada y ubicada en una sala especial. El flujo de donaciones se revitalizó. En diciembre de 1854, los herederos del canónigo Segurola donaron el magnífico archivo y la parte principal de la Biblioteca de quien había sido el primer bibliotecario de la casa. El valioso legado, conocido desde entonces como «Colección Segurola», incluía manuscritos de obras extensas como las de Félix de Azara, el Obispo Azamor y Ramírez, el médico Segismundo Asperjé, el explorador Francisco de Viedma, el naturalista Tadeo Haencke, el capitán Diego de Alvear, el misionero Alfonso Bárcena, el jesuita Thomas Falkner, el viajero Luis de la Cruz, el descubridor Juan Díaz de Zalazar y el explorador de la Patagonia José Cardiel, entre otras de autores menos conocidos. También se recibió en marzo de 1856 la donación, hecha por Mariano Balcarce, de la última colección de libros reunida en Francia por el general San Martín, suegro del donante. El valioso presente pone de manifiesto cuáles eran las preferencias literarias que ocupaban los ocios del ilustre anciano; destacamos de la colección las obras de Diderot, Beaumarchais y Cuvier, una versión francesa de las *Vidas* de Plutarco y varios libros de viajes y exploraciones al Polo Norte, a las Molucas, al N. de Asia, al N. de América, a los Mares del Sur, a las Islas Afortunadas y a la Nueva Guinea.

Sucedió a Tejedor el poeta José Mármol quien, pese a que desarro-

llaba por entonces una activa militancia política en la legislatura bonaerense, pudo dedicar buena parte de su tiempo a enriquecer el fondo bibliográfico con adquisiciones oportunas, entre las que destacamos la de la colección completa de la *Revue de Deux Mondes* y la del *Moniteur Universale*. Durante la gestión de Mármol se inició el canje con varias bibliotecas de Europa y América, un intercambio que alcanzaría amplio desarrollo durante la administración de su sucesor. También se debió a su iniciativa el decreto que disponía la entrega a la Biblioteca de dos ejemplares de todas las publicaciones oficiales y de «todo libro o folleto cuya publicación fuera auxiliada por el Gobierno». Así se institucionalizó el depósito legal, que quedó centralizado en la Biblioteca con exclusividad hasta 1934.

Todas las líneas de trabajo tendentes al enriquecimiento y organización del establecimiento fueron perfeccionadas durante la gestión del director Vicente G. Quesada, que se hizo cargo de la Biblioteca en noviembre de 1871. Estudioso como era de la ciencia bibliotecológica, expuso de inmediato un plan de reformas que señalaba estas prioridades: modificación del reglamento vigente desde 1850; restauración de las colecciones, especialmente las de manuscritos y documentos inéditos; ampliación y refacción del edificio hasta ocupar sus dos plantas; creación de una Sala Argentina y Americana de publicaciones y adopción de una nueva clasificación de materias sobre la base de la propuesta en el *Manual de Brunet*.

Aunque las obras de refacción del edificio obligaron a cerrar las instalaciones a partir de mayo de 1877 y no se habían concluido cuando Quesada renunció, todos los demás objetivos que se planteó en su administración quedaron cumplidos. Organizó un sistema de recuento permanente de lectores y obras consultadas por materias; publicó anualmente un folleto con la Memoria de lo realizado; reorganizó personalmente, con la colaboración de su hijo, el bibliográfico y escritor Ernesto Quesada, la sección de Manuscritos, que se enriqueció con nuevas y valiosas piezas; reorganizó y amplió la Hemeroteca, cuyo primer catálogo publicó; regularizó la compra y recepción por canje y depósito legal de las publicaciones periódicas nacionales y extranjeras; organizó definitivamente el canje con las más grandes bibliotecas del mundo, como la Nacional de París, la del Instituto Smithsoniano de Washington, la del Museo Británico, la Nacional de Madrid, la Alejandrina de Roma, las Reales de Berlín y Munich y las americanas de Montevideo, Bogotá, Santiago, Lima y Río de Janeiro.

En cuanto a la clasificación sistemática y al ordenamiento topográfico de las obras, dividió el fondo de acuerdo con las grandes secciones del *Manual de Brunet*, y dio ese mismo nombre a las Salas; instaló, además, el primer taller de encuadernación y aseguró la presencia argentina

en la Exposición Internacional de París, con motivo del centenario de la Revolución Francesa.

A partir de mayo de 1877, la Biblioteca quedó cerrada al público, mientras avanzaban las obras de remodelación y la construcción de una nueva y espaciosa Sala de Lectura. Quesada renunció al año siguiente, luego de haber enriquecido el fondo bibliográfico con 2.352 volúmenes donados, 8.271 ingresados por compra y 2.718 adquiridos a través del canje. La ciudad de Buenos Aires y los suburbios contaban con una población de 195.129 habitantes y 41 de cada mil habitantes consultaban obras anualmente en la Biblioteca Pública.

Continuó la obra de Quesada el historiador y archivista Manuel Ricardo Trelles. Le correspondió concluir y habilitar las obras de ampliación y, fiel al modelo que había puesto en práctica al frente del Archivo General, publicó, a partir de 1879, la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, con el propósito de dar a conocer al público «todos los documentos de indiscutible utilidad que tenemos compilados, y los que nos sea posible conseguir en adelante para servir a la historia y a la administración de estos países». Con ese criterio, su gestión se orientó a la publicación de centenares de manuscritos inéditos, agrupándolos por temas en series monográficas. Así pudo difundir los primeros documentos que se rescataron acerca de la fundación de la misma Biblioteca, junto con las «memorias» de los virreyes, testimonio sobre fundación de ciudades y posesión de tierras, entre otros muchos asuntos. De la primera *Revista* que editó el establecimiento se editaron cuatro gruesos volúmenes entre 1879 y 1882. Fue el primer mojón de una política de inserción de la Biblioteca en la vida de la comunidad, con el propósito de que la riqueza de sus colecciones pudiera llegar más allá de los límites de las remozadas salas de su sede.

LA NACIONALIZACIÓN DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

La ley que otorgó la capitalidad de la República a la ciudad de Buenos Aires resolvió un viejo problema institucional y cedió a la Nación y a los tres poderes del Estado un territorio sobre el que tendrían jurisdicción propia. Como consecuencia de ello, pasaron a depender de la Nación tres establecimientos culturales de la ciudad, que atesoraban un patrimonio que pertenecía a todas las provincias: la Biblioteca Pública —que pasó a llamarse Biblioteca Nacional—, el Archivo General y el Museo Público.

El traspaso de jurisdicciones se concretó, tras detenido inventario de los bienes de los tres establecimientos, en septiembre de 1884. El nuevo

director elegido por el Presidente Julio A. Roca fue el anciano médico y escritor José Antonio Wilde, quien inició la reorganización de la casa con una nueva estructura, hasta que, en enero de 1885, lo sorprendió la muerte. En esos meses se habían incorporado al establecimiento el abogado José María Cantilo, luego prestigioso juriconsulto, y el escritor y publicista Calixto Oyuela. Para cubrir la dirección vacante, Roca designó a un joven intelectual francés, que había sido docente e inspector de escuelas medias en el interior del país. Paul Groussac, tal es el nombre del ya bien conocido escritor y periodista, rigió los destinos de la renovada Biblioteca Nacional durante 44 años, que fueron los más brillantes de su historia.

En poco tiempo, Groussac definió un ambicioso programa de acción, que abarcó tanto los aspectos administrativos y edilicios como los referidos al enriquecimiento del fondo bibliográfico y a la publicación de un órgano de difusión cultural. Retomando los lineamientos administrativos fijados por Quesada, perfeccionó el sistema permanente de recuento estadístico de lectores y de adquisiciones. El fondo bibliográfico se multiplicó no sólo por los aportes del canje internacional y las compras cuidadosamente planeadas, sino también por un flujo de grandes donaciones: la de la biblioteca y archivo de Ángel Justiniano Carranza, con sus 10.000 volúmenes; la de la biblioteca del doctor Amancio Alcort, integrada por 18.600 piezas bibliográficas, de las cuales 13.500 eran volúmenes encuadernados y el resto folletos, documentos y partituras musicales; la biblioteca de Martín García Merou, con 5.300 volúmenes de obras literarias; y la colección de manuscritos y documentos relativos a la fundación de Buenos Aires, que reunió el constructor del puerto de la ciudad, Eduardo Madero.

La reorganización técnica se inició en 1893 con la aparición del primer tomo del *Catálogo Metódico*, que contenía los títulos de las secciones de Ciencias y Artes, al que siguieron otros seis, recopilados, ordenados, compuestos e impresos en los nuevos talleres gráficos que adquirió para la Biblioteca. Aquel primer tomo contenía, además, un extenso prólogo, en el que el gran polígrafo resumía la historia de los primeros ochenta años de existencia de la Biblioteca y señalaba los criterios y fundamentos de su gestión, ya entonces claramente definidos. En ese escrito, Groussac señalaba con orgullo que había recibido la Biblioteca con 35.149 volúmenes, incluidos los de las publicaciones periódicas, y en el recuento de fines de 1892, transcurridos solamente ocho años, el fondo se había duplicado, alcanzando los 62.707 volúmenes.

La sección de Depósito y Canje, reorganizada a partir de 1889, procesaba anualmente más de 200.000 piezas, de las cuales 150.000 eran libros y folletos y las restantes, entregas de periódicos y revistas hacia fines de 1892. Pese a los beneficios que se obtenían de este servicio biblio-

tecario, la oficina, que funcionaba en un edificio anexo, fue clausurada en 1911.

La difusión cultural a través de una publicación periódica fue encarada por Groussac de un modo novedoso: como una revista mensual de historia, ciencia y letras en la que cada colaborador pudiera expresar sus opiniones libremente. Ese órgano, editado con un subsidio del Congreso de la Nación, se llamó *La Biblioteca* y apareció en 1896. La jerarquía de los colaboradores y el gran interés público de los temas tratados otorgaron un prestigio merecido a la publicación bonaerense. Lamentablemente una nota crítica del director acerca de una obra histórica provocó una reconvencción del Ministro de Instrucción Pública, de quien dependía la Biblioteca Nacional, a la cual Groussac respondió cerrando la revista. Se habían publicado ocho volúmenes de tres entregas mensuales cada volumen. El establecimiento no acallaría por esto su voz pública: a partir del año 1900 y hasta 1916 se editaron los *Anales de la Biblioteca Nacional*, más acordes con el modelo de publicación de documentos que había inaugurado Trelles. Pero, a diferencia de la primera revista, los *Anales* publicaban cada manuscrito u obra inédita con abundantes notas críticas y un estudio preliminar firmado en todos los casos por el Director.

La solución parcial del problema edilicio que, pese a las ampliaciones, seguía limitando las posibilidades de expansión de la Biblioteca surgió en 1901. En la calle México, entre las de Perú y Bolívar, se terminaba de construir un gran palacio destinado a la Lotería de Beneficiencia. De acuerdo con el ministro Osvaldo Magnasco, Groussac solicitó que la nueva construcción de estilo francés se destinara a la Biblioteca. Tras una rápida labor de adecuación de las instalaciones, el 27 de diciembre de 1901 se inauguró la nueva sede, que aún hoy alberga las colecciones de la primera institución de cultura del país.

Esta obra ciclópea hubiera sido suficiente motivo para señalar la gestión del gran polígrafo al frente de la Biblioteca. Pero también habrá que recordar que gracias a su impulso se dictó en 1910 la primera ley de propiedad intelectual.

A poco más de un año de la muerte de Groussac, se produjo el primer golpe de Estado militar en la Argentina. Como consecuencia de él, accedieron a las instituciones de cultura hombres alineados en las nuevas corrientes ideológicas que por esos años adquirirían notoriedad en Europa occidental y se difundían profusamente en el país.

El sillón vacante por la desaparición del gran polígrafo fue ocupado por el médico y poeta Carlos Francisco Melo. En los diez meses que duró su gestión, trató de imponer un modelo antitético del que había regido en la Biblioteca durante más de seis decenios. En medio de severas críticas a las concepciones de su predecesor, sostuvo que la ins-

titución debía transformarse en «un foco de irradiación directa sobre la masa social». Este proyecto se concretaría en la formación de dos secciones especiales: una para obreros y otra para niños, con las obras que un grupo de asesores, que se incorporaron a ese efecto, debían separar del fondo bibliotecario general, por considerárselas aptas para esos dos tipos de lectores. Durante su gestión solamente llegó a concretarse la formación de la Sala de Niños, que se inauguró el 30 de junio de 1931. También durante su gestión se recibió la primera donación de quien sería luego el más grande benefactor que tuvo la Biblioteca Nacional: el doctor Ezequiel Leguina. Se trataba de un código manuscrito, de copista desconocido, de la obra del P. José Gueva, *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, de la cual la Biblioteca poseía otra versión ingresada con los manuscritos de la colección Seguro. La existencia de los dos códigos hizo posible la edición crítica de esta obra fundamental.

Sucedió al doctor Melo el ya muy famoso novelista Gustavo Martínez Zuviría, conocido por el seudónimo literario de Hugo Wast. Dirigió el establecimiento hasta 1954, con dos breves interrupciones de pocos meses cada una. A él se deben un nuevo impulso tendente al acrecentamiento del patrimonio bibliográfico, la modernización de los servicios al público y la renovación de las ediciones y publicaciones de la Biblioteca impresas en sus propios talleres.

El crecimiento del fondo bibliográfico, que se duplicó ampliamente en el cuarto de siglo de su gestión, tendía a la incorporación de colecciones privadas mediante una activa campaña de movilización de la opinión pública y particularmente de los intelectuales. Con la edición de panfletos, folletos, memorias, artículos y la publicación de reportajes y notas periodísticas, trató de alcanzar la participación pública en lo que llamó «el engrandecimiento de la Biblioteca». «Una biblioteca de Estado —escribía— como es la Nacional, debe abarcar todo, debe concentrar todo lo que se publique en el mundo sin fijarse límites de ninguna clase». Y agregaba, para salir al cruce de las posibles objeciones: «El día en que no quepa en su edificio, el Estado le hará otro mayor. Es un instrumento de investigación, no una sala de pasatiempo; y aunque conviene que sea muy frecuentada, no hay que pensar que no llena su misión cuando lo es poco». Martínez Zuviría se oponía así a la concepción supuestamente «popular» que había pretendido establecer su predecesor y retomaba las mejores concepciones de Groussac, de cuya obra resultó eficaz continuador. Empero, hubo de aceptar que, «mientras no existiera en cada barrio una biblioteca estudiantil», la Nacional debía suplir con una sala especial esa carencia de la zona del viejo barrio de San Telmo en la que se encontraba.

La mayor dedicación de su prolongada gestión estuvo destinada a los tres objetivos señalados. La modernización de los servicios estaba íntima-

mente relacionada con su concepción de las funciones de una biblioteca de Estado moderna. Para alcanzarla, reorganizó las salas dotándolas de ficheros especializados y poniendo especial énfasis en el perfil de los lectores especializados que las frecuentaban, a diferencia de los que asistían a la Sala General. Por eso reorganizó las secciones Hemeroteca, Mapoteca, Manuscritos, Argentina Oficial, Obras Reservadas, Raras y Preciosas, Estudiantil y de Investigaciones, y multiplicó el despliegue de ficheros especializados, como el de Manuscritos, el de la Mapoteca, los de las grandes donaciones, el de los periódicos y revistas, la mayoría de los cuales se publicaron como catálogos especiales en gruesos volúmenes. Por otra parte, el perfeccionamiento de la información sobre los lectores hizo posible la edición de los catálogos *Los...libros más pedidos en la Biblioteca Nacional*, cuya última edición registró 5.300 títulos; *Libros argentinos traducidos a diversos idiomas*; y *Lista de las últimas obras argentinas ingresadas a la Biblioteca Nacional*. Las memorias anuales, publicadas entre 1932 y 1948, con sus cuidadosos recuentos e informes estadísticos comparativos, ofrecían a los lectores y a la población en general la posibilidad de seguir el crecimiento cuantitativo y cualitativo de la Biblioteca, para la cual se solicitaba permanentemente la colaboración popular. El crecimiento del patrimonio constituía la segunda meta buscada incansablemente por el Director.

Para cumplirla, restableció el servicio de canje internacional y desarrolló, así, una política de doble propósito, tal como la había concebido el director Quesada: difundir la cultura argentina en el exterior y acrecentar a muy bajo costo el fondo bibliográfico con las ediciones más recientes de los principales países del mundo. Gracias al canje y a los envíos masivos de obras editadas en cada país, se formaron la Sala España, la Sala Francia y varias colecciones de naciones como Alemania, Brasil, Dinamarca y China.

Las compras de libros, siempre limitadas por los menguados presupuestos, se incrementaron con refuerzos financieros especiales en 1936, 1939 y 1943. El primero hizo posible la adquisición de parte de la biblioteca del gran hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc, editor y director de la famosa *Revue Hispanique*, que había muerto en 1929. La Embajada Argentina en París adquirió en la subasta de la valiosa biblioteca 1.281 de las casi 1.600 piezas que la formaban. La selección, estudiada con especial esmero con vistas a cubrir los vacíos de las colecciones propias, incluyó ochenta ediciones príncipes de obras de los siglos XVI y XVIII y muchos manuscritos de obras históricas, literarias y musicales españolas y americanas de la época colonial. Este tesoro bibliográfico comprende obras únicas de excepcional rareza como las de Francisco Cervantes de Salazar, impresas en Alcalá de Henares en 1546; la traducción por

Francisco Thamara de *El libro de los apotegmas* de Erasmo, impresa en Zaragoza en 1551; la *Crónica de Don Juan II*, impresa en Logroño en 1517; la rarísima *Mar de historias* de Alonso Pérez de Guzmán, impresa en Valladolid en 1512; varias ediciones de *La Celestina*, entre las que se cuenta uno de los tres únicos ejemplares conocidos de la impresa en Sevilla en 1502; la edición primera y póstuma de las *Rimas* de Bartolomé Leonardo de Argensola, impresa en 1634; la edición primera y póstuma de toda la obra poética de Luis Carrillo y Sotomayor y la única edición conocida de la *Filosofía antigua poética* de Alonso López Pinciano, impresa en Madrid en 1596. Entre los manuscritos se adquirieron varias obras breves de Quevedo, dos *Crónicas* de Hernando del Pulgar y el código completo de la *Crónica del rey Don Rodrigo*, en copia del siglo xv.

Entre las adquisiciones de 1939 figuran dos incunables de la *Divina Comedia*, uno impreso en Venecia en 1484, y otro de Brescia, 1487, con comentarios de Christophoro Landino; la primera parte de la *Chronica del Perú*, de Pedro Cieza de León, impresa en 1554; los *Historiarum Indicarum Libri XVI* del jesuita Pedro Maffei, impresa en 1588; y algunas obras fundamentales de la historia del pensamiento filosófico occidental.

La última de las compras con partidas extraordinarias fue la de 1944, que incluyó valiosas obras de nuestra historia colonial, y el incomparable *Atlas* de S. Bellín, con 575 cartas, editado en París en 1764.

Las donaciones ingresadas en esta época se caracterizaron por el valor intrínseco y la coherencia del contenido de las colecciones. Entre los muchos benefactores que respondieron a los insistentes llamados del Director se destacó el doctor Ezequiel Leguina, cuyas reiteradas donaciones abarcaron desde valiosos incunables (dos obras de Santo Tomás de Aquino, impresas en 1476, y una de San Antonio, Arzobispo de Florencia, impresa en 1474), hasta ediciones de los siglos xvi y xvii, salidas de los talleres de los más grandes impresores de entonces (un Quintiliano impreso por Aldo Manucio en 1522; la *Vera historia* de Ulrico Schimdl, impresa por Ulsio en 1599; varias ediciones del *Quijote*, la de Juan de la Cuesta en 1608 y la de Madrid de 1668 entre ellas; tres «incunables americanos» como suele llamarse a las primeras obras salidas de las primitivas prensas de América; y un raro ejemplar del *Lazarillo de ciegos caminantes*, impresa en 1773), sin contar los valiosos manuscritos hológrafos de Manuel Belgrano, Roberto Cunningham Graham, Rubén Darío y sir Home Popham. Por su parte, una donación de 4.500 volúmenes de Pedro Denegri constituye un capítulo aparte por el valor de las encuadernaciones firmadas por artistas famosos y por la cantidad de ediciones príncipes y especiales para bibliófilos de grandes obras de la literatura francesa.

El tercero de los objetivos que se planteó Martínez Zuviría fue el de renovar las publicaciones de la casa, aprovechando al máximo la capaci-

dad técnica y la experiencia del personal de la imprenta de la Biblioteca. Además de los folletos, catálogos y cataloguillos, memorias y guías de trabajo internas, el director reanudó la publicación del órgano oficial del establecimiento, con el nombre de *Revista de la Biblioteca Nacional*, en marzo de 1937. Mantuvo la línea editorial iniciada por Trelles y continuada en los *Anales* de Groussac, pero en una reproducción muy cuidadosa de todos los documentos y sin las enriquecedoras notas y los eruditos prólogos que caracterizaron las ediciones del maestro francés. A partir de 1942, la *Revista* se publicó bajo la dirección del historiador peruano Felipe Barreda Laos, y con la entrega n.º 59, aparecida meses después de la separación de Martínez Zuviría, quedó cerrada esta época primera, caracterizada por la importancia y el gran valor histórico de los documentos publicados en series monográficas.

Una especial transformación se produjo en la Sala de Periódicos, que hoy lleva el nombre del Director. No sólo hizo compilar y editar el catálogo *Un siglo de periódicos en la Biblioteca Nacional*, que se utiliza aún hoy, sino que organizó un minucioso recuento de las colecciones vivas y completó las entregas faltantes de las cerradas. En 1948, se recibían regularmente 1.574 publicaciones, de las cuales 350 eran diarios argentinos y las restantes, periódicos y revistas argentinos, latinoamericanos, españoles, franceses, británicos y norteamericanos. Buena parte de la riqueza de la Hemeroteca actual reconoce su origen en la dedicación y el empeño puestos para enriquecer durante el cuarto de siglo que duró la administración de Martínez Zuviría.

LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO

Producido el movimiento cívico-militar del 16 de septiembre de 1955, ocupó la dirección vacante de la Biblioteca el escritor Jorge Luis Borges y la Subdirección, el escritor y bibliotecario José Edmundo Clemente. Ya para entonces se había modificado la situación orgánico-funcional del establecimiento, que había pasado a depender de la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, sin la autonomía de la que había gozado hasta 1949.

Los desiderata a los que se adhirieron Borges y Clemente no diferían en lo esencial de los que se había planteado Martínez Zuviría. Pero el desarrollo de las comunicaciones y las técnicas bibliotecológicas en los años de la posguerra obligaron a una reformulación de objetivos para adecuarlos a los nuevos tiempos. Las tres metas impostergables que se propuso la nueva administración fueron la formación de recursos humanos capacitados para encarar la modernización y tecnificación de los servicios, la

publicación de un órgano periódico que reflejara la cultura argentina y la difundiera en el mundo y la solución del problema edilicio que desde hacía más de un decenio venía preocupando a los responsables de la administración anterior.

Dos de los objetivos, la formación de bibliotecarios y la edición de una publicación periódica, se concretaron de inmediato. El problema de la escasez de recursos humanos que tuviera una razonable capacitación bibliotecológica era afligente. El proyecto que dio solución a esta necesidad perentoria consistió en la fundación de una Escuela Nacional de Bibliotecarios de nivel terciario. El primer curso comenzó a funcionar en 1957, con un plan de estudios de tres años, aprobado con carácter provisional, hasta que en 1964 fue reconocido oficialmente por el ministerio del ramo. En esa fecha se aprobó también la estructura administrativa y el ordenamiento pedagógico que aún rige. Este instituto tuvo a su cargo la formación técnica y humanística de los bibliotecarios que necesitaban los viejos repositorios que, con el tiempo, habrían de convertirse en centros activos de documentación e información.

La cuestión de la modernización de los servicios no podía demorarse, si se tiene en cuenta que en toda biblioteca de Estado el mantenimiento de técnicas caducas supone un despilfarro de tiempo y dinero que nunca se recuperan. La reorganización técnica de la Biblioteca se inició en 1962. La reforma principal consistió en la adopción de un nuevo sistema de catalogación, acorde con los utilizados en las bibliotecas más grandes del mundo y en la adopción de los encabezamientos de materia. Esto hizo posible que el fichero general se transformara en un catálogo-diccionario técnicamente organizado.

La modernización abarcó también el equipamiento para microfilmación. Para ello se instaló un Laboratorio de Fotoduplicación en 1967, lo que permitió planificar los objetivos y prioridades de esta nueva área de servicios.

La publicación de la revista *La Biblioteca*, en su segunda época, fue la concreción del segundo objetivo de la nueva administración. Sobre la base del modelo de la primera revista de Groussac, suspendido en 1898, Borges decidió editar una publicación de tamaño y estructura similares. Simbólicamente, el primer número apareció como «tomo IX» correspondiente al primer trimestre de 1957. En las palabras prologales, Borges explicó la aparición de la revista; en uno de los párrafos decía: «La revista aspira a no ser indigna de quien la fundó, Paul Groussac, y de los tiempos arduos y valerosos en que ahora le toca vivir. Toda revista, como todo libro, es un diálogo; la suerte del que ahora iniciamos depende ahora del lector, ese interlocutor silencioso». Aparecieron cinco entregas de *La Biblioteca* en su segunda época. Incluyeron textos narrativos, poemas,

una mayoría de ensayos y estudios y algunas traducciones anotadas de obras de autores ingleses. Borges dejó, en algunos números, el testimonio de su escritura de entonces. La quinta y última entrega de *La Biblioteca* apareció en junio de 1961. La Biblioteca Nacional, una vez más, dejaba desierto el espacio gráfico que la representaba ante el mundo. Veinte años después, entre 1982 y 1983, se volvería a intentar la aventura editorial con la misma suerte que las anteriores.

Cabe dejar constancia que, con la restauración del régimen democrático ocurrida en 1983, han ocupado la Dirección de la Biblioteca el escritor Dardo Cúneo y, últimamente, el poeta José María Castiñera de Dios, bajo cuyo mandato se inauguró el nuevo edificio con el traslado de la sección Hemeroteca y de las oficinas de la Dirección y con la habilitación del Espacio de Exposiciones.

EL NUEVO EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

El problema de dotar al establecimiento de una sede adecuada y construida al efecto seguía pendiente en 1956. Más de veinte años antes, Martínez Zuviría había proyectado darle solución mediante la construcción de un nuevo edificio, cuyos planos quedaron olvidados en el papel.

La administración de Borges dividió el problema en dos cuestiones diversas: por una parte había que concebir, planificar, diseñar y construir el esperado edificio nuevo. Pero, como este proceso consumiría un tiempo considerable, no menor de diez años, fue preciso darse a la tarea de ampliar las instalaciones de la vieja casa para resolver el problema, cada día más grave, del abarrotamiento de los depósitos. Se trataba de poner en marcha dos emprendimientos simultáneos: uno de inmediato y otro para dar solución integral a los problemas del mediano plazo y del crecimiento futuro.

El plan de reformas para el ya cincuentenario edificio de México 564 se elaboró con premura y se realizó entre 1961 y 1962. En el proyecto de ampliación se daba lugar a la ampliación de la Hemeroteca, a la sala de Obras Reservadas, a la Mapoteca, a la sala Estudiantil, a la sala de Música, al laboratorio y a los Servicios Técnicos. La construcción se realizó manteniendo las características estructurales del viejo edificio.

Entretanto, en mayo de 1960, se dictó el decreto por el cual se destinaron tres hectáreas de la manzana comprendida entre las calles Agüero, Las Heras, Austria y Avenida del Libertador para levantar allí el edificio de la Biblioteca Nacional. Se constituyó una Comisión de Asesoramiento y consulta y se llamó a concurso de anteproyectos. De los 28 proyectos presentados, el jurado eligió el de los arquitectos Clorindo Testa,

Francisco Bullrich y Alicia Cazzaniga, «por el gran equilibrio y meridiana claridad de los aspectos funcionales, estructurales y plásticos», y por «el extraordinario ajuste logrado entre todos los componentes arquitectónicos del problema».

La contratación de los autores del proyecto y de la empresa constructora se demoró hasta diciembre de 1966 y la colocación de la piedra fundamental se realizó en octubre de 1971.

El edificio está concebido en la forma de dos estructuras independientes, una integrada por las tres plantas de los depósitos subterráneos, que ocupan la mayor parte del predio; y otra de siete plantas sobreelevadas, que se sostienen en cuatro vigorosos apoyos. En un edificio independiente se ubica la Escuela de Bibliotecarios. Este sector se inauguró el 6 de septiembre de 1991. El nuevo edificio de la Biblioteca Nacional fue inaugurado en abril de 1992.

DIRECTORES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL (1810-1991)

Mariano Moreno (Protector) 7-9-1810/dic. 1810

Fray Cayetano Rodríguez (primer bibliotecario)

P. Saturnino Seguro (segundo bibliotecario)

1. Luis José de Chorrocrín 10-1°-1811/7-9-1821
2. P. Saturnino Seguro 7-9-1821/5-2-1822
3. Dr. Manuel Moreno 5-2-1822/25-11-1828
4. Fray Ignacio Grela 25-11-1828/14-11-1833
5. P. José María Terrero 14-11-1833/9-1°-1837
6. P. Felipe Elortondo y Palacios 18-1°-1837/2-3-1852
7. Marcos Sastre 3-3-1852/10-4-1853
8. Dr. Carlos Tejedor 14-4-1853/23-10-1858
9. José Mármol 23-10-1858/12-8-1871
10. Dr. Vicente G. Quesada 24-9-1871/22-2-1877

Administración interna:

- Nicolás Massa y Ernesto Quesada 22-2-1877/19-3-1878
- Dr. Vicente G. Quesada 19-3-1878/4-1879
11. Manuel Ricardo Trelles 17-4-1879/9-9-1884
 12. Dr. José Antonio Wilde 7-10-1884/14-1°-1885
 13. Paul Groussac 18-1°-1885/10-12-1930

- | | |
|-----------------------------------|-----------------------|
| 14. José Luis Lanza (interino) | 28-7-1929/10-12-1930 |
| 15. Dr. Carlos Francisco Melo | 10-12-1930/1°-10-1931 |
| 16. Dr. Gustavo Martínez Zuviría | 30-10-1931/30-3-195 |
| 17. Jorge Luis Borges | 21-10-1955/8-10-1873 |
| 18. Dr. Vicente Dionisio Sierra | 18-10-1973/4-3-1976 |
| 19. Prof. José Edimundo Clemente | 31-1°-1978/19-6-1979 |
| 20. Dr. Horacio Herman Hernández | 19-6-1979/20-2-1984 |
| 21. Prof. Gregorio Weinberg | 2-1984/8-11-1984 |
| 22. Enrique Dardo Cuneo | 23-4-1985/12-7-1989 |
| 23. José María Castiñeira de Dios | 19-7-1989/2-3-1991 |
| 24. Enrique Pavón Pereyra | 21-3-1991 |

